6739

ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA.

MARIA.

ZARZUELA EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. CALISTO NAVARRO,

música de los señores

D. TOMÁS BRETON Y D. BERNARDINO VALLE.

MADRID.
CALLE DE SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1875.

MARIA.

ZARZUELA EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. CALISTO NAVARRO,

música de los señores

D. TOMÁS BRETON Y D. BERNARDINO VALLE.

ESTRENADA EN MADRID, EN EL TEATRO ROMEA, LA NOCHE DEL 6 DE OCTUBRE DE 1875.

MADRID:
IMPRENTA DE PEDRO ABIENZO,
CALLE DE LA PAZ, 6, LIBRERÍA.

1875.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARIA..... ...	Srta. Doña Aurora Pareja.
LAURA.....	» » Amparo Bellido.
BERTA.....	Sra. Doña Elvira Masi.
DON ENRIQUE...	Sr. Don Cárlos Marron.
DON LUIS.....	» José Martinez.
EL BARON.....	» Tristan Pauner.
ANTON.....	» Agustin Ballós.
DON SEBASTIAN.	» Antonio Molina.

La accion se supone en un palacio ó castillo inmediaciones de Córdoba.—Epoca de Felipe IV.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á LA SEÑORITA

DOÑA MANUELA LETRE,

RECUERDO CARIÑOSO DE

El Autor.

672222

ACTO PRIMERO.

La escena representa un jardin: un pabellon con escalinata practicable á la derecha y otro á la izquierda; al fondo tápia figurando que rodea el edificio, dividido en dos cuerpos; gran puerta en medio de la tápia y otra pequeña á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

Van saliendo campesinos y campesinas con instrumentos de labranza. MARÍA *sentada en un banco y completamente abstraida.*

Música.

CORO DE HOMBRES.....
Corramos al trabajo;
la siesta ya pasó,
y á trabajar nos llama
la fiera obligacion.

MUJERES.
Marchad, marchad;
el pan de cada dia
es fuerza ir á ganar.

CORO GENERAL.
Del pobre es el trabajo
el solo patrimonio,
y con sudor amasa
el pan que ha de comer;
del cielo la inclemencia
impávido soporta,
y vé morir el dia
como le vió nacer.

HOMBRES. Adios, adios.
MUJERES. Marchad, marchad.
HOMBRES. La siesta ya pasó.
TODOS. Preciso es trabajar.

(*Salen los hombres, y las mujeres van despidiéndolos; queda sola* MARIA, *que despues de una breve pausa se levanta.*)

ESCENA II.

MARIA.

Hablado.

MARIA. Dichosos vosotros, sí,
que al trabajar con ahinco,
teneis padres que os consuelen
cuando aquí tornais rendidos;
en cambio yo..... estas ideas
laceran el pecho mio.....

Música.

Ay de la pobre inocente
que al destino se confia,
y en él cifra su alegría
sonriendo al porvenir.
Que el placer es como el viento,
que veloz pasa al instante
y destroza un alma amante
con el dardo del sufrir.
Pobre María,
pobre de ti,
yo amaba una esperanza
y la perdí.

ESCENA III.

LAURA *y* MARIA.

Hablado.

LAURA. ¿Qué haces aquí?
MARIA. ¡Señorita!
Si estorbo.....
LAURA. ¡Siempre lo mismo!
¿Por qué, María, tan triste
dia tras dia te miro?
¿No tienes en mí una amiga?
¿No me dá este nombre títulos
á que me cuentes tus penas,
buscando en mi amor alivio?
Dí, ¿qué tienes?
MARIA. Señorita,
mi pecho reconocido
no sabe cómo espresaros
mi gratitud, mi cariño.....
Mas, creedme, nada tengo.....
la soledad de estos sitios
influye algo en mi carácter,
por lo regular esquivo.
LAURA. ¿Nada más?
MARIA. Nada más.....
LAURA. ¡Vamos!
¿Por qué ser así conmigo?
MARIA. ¿No comprendo?.....
LAURA. ¿A qué negarme
lo que mis ojos han visto?
MARIA. ¡Ah! (*Ruborizándose.*)
LAURA. No temas, soy discreta
y sabré guardar sigilo.
Más de una vez te he encontrado,
ya en el valle, ya en el rio,

completamente abstraida,
mirando hácia un sitio fijo,
como mira la que espera
al dueño de su cariño.

MARIA. ¿Yo?.....

LAURA. ¿Por qué te ruborizas,
María? ¡Amar no es delito,
no; el amor ennoblece
cuando es amor puro y digno!
Cuéntame, pues, tus pesares
si escuchar quieres los mios.

MARIA. ¿Quizás?.....

LAURA. Tambien yo amo.

MARIA. (¡Cielos!)

LAURA. ¿Qué tienes?

MARIA. ¡Nada..... un bahido!

LAURA. Pues bien, para que tú veas
cuánto en tu reserva fio,
la primera vas á ser
á quien cuente mis martirios;
debes saber que mi padre,
por causas que no adivino,
tiene formado el proyecto
de enlazarme con mi primo.

MARIA. Eso he oido decir.....

LAURA. Comprende, pues, mi suplicio
al saber que don Luis me ama
y es por mí correspondido.

MARIA. (¡Cielos, qué rayo de luz!)
¿Don Luis de Fernan?.....

LAURA. El mismo.

MARIA. ¿Y eso es cierto?

LAURA. Qué, ¿lo dudas?

MARÍA. ¡Perdonadme, os lo suplico!

LAURA. No te comprendo.....

MARÍA. (*Bajando los ojos.*) Ofuscada,
ciega, en fin, habia creido
que el hombre á quien vos amábais

era..... Enrique.....

LAURA. ¿Quién, mi primo?

MARIA. Sí señora.....

LAURA. (*Queriendo comprender.*) ¿Por ventura?. ...
¡Ah! vamos..... ahora concibo
lo que has debido sufrir.

MARIA. ¡Oh..... mucho!

LAURA. ¿Y en tu delirio
me odiabas?

MARÍA. No, os envidiaba.

LAURA. ¿Tanto le amas?

MARIA. Infinito.

LAURA. ¿Y él te quiere?

MARIA. Lo ha jurado.

LAURA. Entonces sabrá cumplirlo.

MARIA. Mas, ¿cómo?

LAURA. Siendo tu esposo.

MARIA. Eso es un sueño..... ¡Dios mío!
¿Una pobre como yo,
huérfana y sin apellido,
cómo es posible que aspire
á ocupar tan alto sitio?.....

LAURA. Todo se logra en el mundo
cuando hay constancia y cariño.
¿Qué importa que en pobre cuna
hayas, María, nacido?
Tú eres buena, eres honrada,
tienes corazon sencillo,
y á una mujer de estas prendas
no le hace falta apellido,
que la nobleza del alma
no há menester pergaminos.

MARIA. Señora, cuán buena sois
dando á mis penas alivio.

LAURA. No me des más ese nombre,
llámame Laura, y lo mismo
que si fuéramos hermanas
trátame, te lo suplico.

MARIA. ¡Gracias, gracias! Pues bien, Laura,
á quien me dá su cariño,
indigno fuera ocultarle
una esperanza que abrigo.
LAURA. ¿Una esperanza?
MARIA. ¡Sí!
LAURA. ¡Habla!
MARIA. ¿Me juras guardar sigilo?
LAURA. ¡Me ofendes!
MARIA. Cierto, perdona,
mas no es el secreto mio.
¿Tú sabrás mejor que yo
cómo aquí se me dió asilo?
LAURA. Sólo puedo referirte
lo que otras ya te habrán dicho;
una noche, hace veinte años,
y cuando ya recogidos
estaban todos en casa,
se oyó en esa puerta ruido,
esparciendo este incidente
la alarma en el edificio;
mas al abrirla, tratando
de averiguar el motivo,
quedaron todos suspensos
al ver en el dintel mismo
una niña blanca y rubia,
de un mes quizá no cumplido,
envuelta en ricos pañales
y dentro de un canastillo;
eras tú; al verte, mi madre
cuidarte como hija quiso,
tratándote desde entonces
cual si aquí hubieras nacido.
Juntas estudiamos, juntas
por este jardin corrimos,
¡y juntas vimos á madre
lanzar el postrer suspiro!....
MARÍA. ¡Pobre doña Beatriz

y cuán buena fué conmigo!

LAURA. Si ella murió, yo, María,
á ocupar su puesto aspiro.

MARÍA, ¡Laura!

LAURA. Empieza; ya te escucho.

MARÍA. Es verdad Hará unos cinco
ó seis dias que me hallaba
sentada á orillas del rio,
cuando pasó un caballero,
mejor dicho, un campesino,
que, á juzgar por su semblante,
mas de cuarenta ha cumplido.
Dióme risueño las tardes,
y al contestarle, vi fijos
en mí sus ojos, lanzando
su pecho triste suspiro:
dudó un instanto y por último,
acercándose tranquilo,
preguntó de mi familia
la clase y el apellido,
y al decirle que era huérfana
de padres desconocidos,
vi su semblante risueño
tornarse al punto en esquivo;
á ruego suyo le dije
todo cuanto has referido,
y por mas que se esforzaba
en ocultar su suplicio,
más de una vez se arrasaron
sus ojos cual los de un niño.
No sé por qué al comtemplarle
mi corazon sintió alívio.
De parte de tu familia
vengo, Maria, me dijo,
y quízas dentro de poco
padres tendrás y apellido;
mas por hoy es necesario
que nadie sepa me has visto;

mi cabeza, pregonada,
rodára sobre el patíbulo
si una imprudencia cualquiera
advierte á mis enemigos;
y estrechándome en sus brazos,
más que nunca conmovido,
me rogó que hoy por la tarde
le espére en el mismo sitio.

LAURA. Y bien, ¿qué piensas hacer?

MARÍA. Acudir.

LAURA. ¿Mas se lo has dicho
á Enrique?

MARÍA. ¡No!

LAURA. Has hecho mal:
quizá ese desconocido
te tienda una red.

MARÍA. No, Láura.
Si tú, cual yo, hubieras visto
su semblante, no dudáras;
al verle, un secreto grito
me anunció que él es mi padre;
su atencion para conmigo
y aquella emocion que en vano
trató de ocultar, indicios
son suficientes, ¿no es cierto?

LAURA. Algo indican, y concibo
que acaso tengas razon.

MARÍA. Si fuera cierto ¡Dios mio!.....

LAURA. Mas ya que guardar secreto
pretendes, no es este el sitio
mas á propósito.

MARÍA. Vamos,
porque ya pronto preciso
será que acuda á la cita.

LAURA. Ven, pues, y mucho sigilo,
porque si Enrique lo sabe.....

MARÍA. Fia en mí y está tranquilo,
porque le dá confianza

su amor, que escuda en el mio.
(*Vánse las dos cogidas del brazo.*)

ESCENA IV.

BERTA *y* ANTON.

ANTON. Nada, Berta, no te creo.
¿Mujeres? ¡Buenas sois todas!
BERTA. Mira, cuando te incomodas
te pones, Anton, muy feo.
ANTON. ¿Conque feo?
BERTA. Claro está.
ANTON No, pues la cosa no es clara.
¿Feo yo, con esta cara?.....
BERTA. Pero, hombre, ven acá.....
ANTON. ¡Ingrata! (*Rechazándola.*)
BERTA. ¿Qué te he hecho yo
para sufrir tus reproches?
ANTON. ¿Que qué has hecho?
BERTA. ¡Sí!
ANTON. ¡Há dos noches
la tápia un hombre saltó!.....
Yo mismo, ¿estás? yo le ví.....
BERTA. Y bien.
ANTON. ¡La bilis me exalta!
BERTA. ¿Por qué?
ANTON. Porque ese hombre salta
por ti.
BERTA. ¿Por mí?
ANTON. ¡Sí, por tí!
Dí luego que tanto estremo
no es justo.
BERTA. ¡Necia disputa!
Si salta.....vendrá por fruta.
ANTON. Pues eso es lo que yo temo;
(*Reflexionando.*)
Eva y Adan..... justamente.

BERTA. ¡No te comprendo!.....
ANTON. ¡Ni ganas!
BERTA. Pero.....
ANTON. (*Muy incomodado.*)
¡En el huerto hay manzanas!
BERTA. (*Comprendiendo.*)
Sí; mas falta la serpiente,
ANTON. (*Convencido.*) ¡Es verdad!
BERTA. Ya ves, Anton,
que sin motivo sospechas.
ANTON. Pues por sí ó por no, á estas fechas
ya sabe el lance el Baron.
BERTA. ¿Y le has dicho que por mi
venia?..... ¡vaya un apuro!
ANTON. Como no estaba seguro,
á tanto no me atreví.
BERTA. ¿Y qué te dijo el Baron?
ANTON. Que si vuelve el mozalvete,
le envie con mi mosquete
un recado de atencion;
y asi que le vea ¡pan! (*Haciendo que tira.*)
le volteo y no te azores;
que vaya á decir amores
á la Burra de Balaan.
BERTA. ¿Y te atreverás?
ANTON. Pues no.
BERTA. Por qué hacer de bravo alarde,
¡Anton, si tú eres cobarde!
ANTON. ¿Cobarde, cobarde yo?.....
De ti, Berta, solamente
tal insulto sufriria;
¿cobarde?..... ¡por vida mia!
¿Asi se insulta á un prudente?
BERTA. Lo esencial es que me quieras
y que yo te quiera á tí.....
ANTON. Y que nos casemos, y.....
BERTA. ¿Casarnos dices? ¿De veras! (*Muy alegre.*)
ANTON. Sí, que aunque cobarde ....

BERTA. ¡Quita!
¡Fué broma, no hay que enfadarse!
ANTON. Pues mira, para casarse.....
BERTA. ¿Qué?
ANTON. Valor se necesita.
BERTA. Bien, tú ganas; te falté
y el perdon te pido yo.
ANTON. ¡Dáme un abrazo!
BERTA. Eso no.
ANTON. Pues yo me le tomaré. *(Vá abrazarla.)*
(BERTA *saca un alfiler, con el que le amenaza.*)

Música.

BERTA. No te acerques, que te pincho.
ANTON. ¡Jesucristo, un alfiler!
BERTA. Son las armas con que puede
defenderse la mujer.
ANTON. Poco importa que en la mano
me hagas, niña, un rasguñon,
si hace tiempo que tus ojos
me han herido el corazon.
BERTA. Pues lo mismo que mis ojos
te han herido el corazon,
si te acercas demasiado
voy á hacerte un rasguñon.
ANTON. ¿Por qué huyes de mi lado,
¡ay! niña mia,
si abrazo mas ó menos
bien poco implica?
Ablándente mis súplicas,
oye mi afan,
mira que al que le pinchan
suele saltar.
BERTA. Estáte, por Dios, quieto,
pues tus caricias,
ya sabes que no me hacen
gracia maldita;
no ablándanme tus súplicas

ni oigo tu afan,
mira que si te pincho
vas á saltar.

ANTON. Pues yo á la fuerza
te he de abrazar.

BERTA. Pues si te empeñas
te he de pinchar.

ANTON. Me desespera tu rigor.

BERTA. Pues no hay tu tia, no señor.

ANTON. ¡Por favor!

BERTA. ¡No señor!

ANTON. No me pinches,
porque es cierto
que si llegas
eso á hacer,
no me pescas,
te fastidias
y yo busco
otra mujer.

BERTA. Yo no cedo.

ANTON. Yo tampoco.

BERTA. Pues entonces
se acabó.

ANTON. ¡Ay!

BERTA. ¡Ay!

LOS DOS. Me mató.

ANTON. Yo no queria
separacion.

BERTA. Si él no se rinde
me rindo yo.

ANTON. ¡Berta! ¡Berta!

BERTA. ¡Qué!

ANTON. ¡Perdon!

LOS DOS. Já, já, já, já.
Ya no pin{cha, ya no / cho porque} quiero
á ninguna otra
que no busque otra} mujer,

porque es{buena / bueno
y es honra{da / do
y merece mi querer.

Hablado.

BERTA. ¡Vamos, Anton, no juguemos!
ANTON. Ahí te vá lo prometido. (*La abraza.*)
BERTA. ¿Sí? pues toma lo ofrecido.
(*Le dá un pinchazo.*)
ANTON. ¡Ay!
BERTA. ¡Gente viene!
ANTON. ¡Escapemos!
(*Vánse los dos corriendo.*)

ESCENA V.

D. ENRIQUE *y* D. LUIS *salen por la izquierda cogidos del brazo como prosiguiendo una conversacion.*

D. ENR. Esta idea me preocupa.
D. LUIS. Haces mal en preocuparte;
habla al Baron al momento
y acaso logres cambiarle.
D. ENR. Ya lo hubiera hecho, si no
conociera su carácter;
pero temo por María,
que en uno de esos arranques,
para lograr su proyecto
de mi lado la separe.
D. LUIS. ¿Qué hacer entonces?
D. ENR. Lo ignoro;
mientras no llegue el enlace
callaré, pero si un dia
quiere en su idea constante
hacerme infeliz, entonces

fuerza será recordarle
que un tutor como él, no tiene
poder para esclavizarme.
Laura es mi prima, la infancia
vimos juntos deslizarse,
sin que el amor consiguiera
hacer de mi pecho cárcel;
mis padres murieron luego
de espirar su buena madre,
y el dolor nos hizo hermanos,
amándonos como tales.

D. Luis. (Cuán gratas á mi alma suenan
tan consoladoras frases.)
El Baron se acerca, Enrique.

D. Enr. Acaso pretenda hablarme
de nuevo; pero es inútil,
no ha de lograr sus afanes.

ESCENA VI.

Dichos y el Baron.

Baron. (*Saliendo*) Enrique, há rato te busco
en vano por todas partes.
¡Señor Don Luis! (*Al verle y saludándole.*)

D. Luis. Paseando
hemos estado.

Baron. (*Á* Enrique.) Me place
verte desechar la pena
que te hacia insoportable.
Perdonad, Don Luis, deseo
hablar á Enrique un instante,
y voy, con vuestro permiso.....

D. Luis. Me retiro.

Baron. ¡Es ultrajarme!

D. Luis. Líbreme Dios; del castillo
salí al comenzar la tarde,
y volver ya me precisa.

BARON. Eso es distinto.
D. LUIS. Alejarme
no quisiera, sin ponerme
á los pies de Laura.
BARON. Hace
poco rato, con María
la ví sentada en el parque.
D. LUIS. Voy en su busca (*Saliendo*) Baron.....
¡Enrique! (valor.)
D. ENR. (Descanse
tu amistad.)
D. LUIS. (*Marchándose*) ¡Adios, señores!
BARON. (Bien hace á fé en alejarse.)

ESCENA VII.

D. ENRIQUE *y el* BARON.

BARON. Enrique, tiempo es, por Dios,
que del mutismo salgamos,
y preciso es que tengamos
una esplicacion los dos.
En vano una y otra vez
pruebas te dí de mi afecto,
acariciando un proyecto
que abrigué ya en tu niñez;
y por más que cariñoso
hacerte feliz pretendo,
ya, por mi vida, me ofendo
de tu silencio enojoso.
D. ENR. Señor, permitid que os diga,
para tornaros la calma,
que los tormentos del alma
el silencio los mitiga.
¡Me veis callar y sufrir,
notais mi semblante esquivo!
Si esto no es harto espresivo,
¿qué mas os puedo decir?
BARON. ¿Desprecias quizás la mano

de Laura?

D. Enr. ¿Yo despreciar
mujer que de codiciar
se holgaria un soberano?
No por Dios.

Baron. Fuerza es que crea
tal cosa al ver tu desvío.

D. Enr. Callar deseaba, tio;
mas ya que lo quereis, sea.
No es que vuestra pretension
mis afanes menoscabe,
es que en mi pecho no cabe
más que una sola pasion;
pero tan pura y ardiente,
que domina mi albedrío;
pasion que en el pecho mio
existirá eternamente;
porque vá el tiempo pasando,
su llama más encendiendo,
y aunque estoy de amor muriendo,
quiero vivir siempre amando.

Baron. ¿Y esa pasion importuna
quién te la pudo inspirar?

D. Enr. Señor.....

Baron. Vano preguntar
será si es de noble cuna,
porque infamára á los dos
que un Moncada descendiera
y su cariño pusiera
en una.....

D. Enr. Testigo es Dios
de su bondad y honradez.

Baron. No basta con ser honrada:
si tu apellido es Moncada,
¿cuál es el suyo?

D. Enr. Una vez
que insistís en preguntar
lo que yo esquivo decir,

fuerza será prescindir
de mi silencio y hablar;
y pues empeño mostrais
en conocer á mi amada,
sabedlo, es la desgraciada
á quien pan y abrigo dais.

BARON. ¿María?

D. ENR. María, sí;
esa infeliz criatura
que un tesoro de ternura
supo despertar en mi;
y aunque le falte apellido,
no es en verdad un baldon,
que lleva el mejor blason
sobre su frente esculpido.

BARON. Vive Dios que al escucharte
hablar de ella de tal suerte,
preciso es compadecerte
primero que disculparte.
¿Cómo estás tan obcecado
que no sabes comprender
que el amor de esa mujer
es amor interesado?

D. ENR. ¡Baron!

BARON. Pobre y sin fortuna,
no estraño que en lo futuro
pretenda su nombre oscuro
unir á tu ilustre cuna.
Mas su fin no ha de lograr.

D. ENR. Ved, señor, lo que ofreceis,
que si á mi paso os poneis
quizás os llegue á pesar.

BARON. (¡Ah qué idea!) Pero, niño,
¿y quién te asegura, di,
que á tí, solamente á tí,
pertenece su cariño?

D. ENR. ¡Su fé!

BARON. Pues si tan seguro

de su fé y constancia estás,
decirme acaso podrás
quién es el que salta el muro
por las noches, y tal vez
si en saberlo te empeñáras,
con tal encomio no habláras
de su virtud y honradez.

D. Enr. Esa es vil suposicion
que desmentir es preciso.

Baron. No, Enrique, ese es un aviso
que he recibido de Anton.

D. Enr. ¿Si fuera cierto?..... ¡Ay de mí!

Baron. ¿Dudas?

D. Enr. ¿Cómo convencerme?

Baron. ¿Prometes obedecerme
si llegas á verlo?

D. Enr. ¡Sí!
Vea yo su vil traicion,
castigue su infamia, ciego,
por mi propio mano..... y luego
disponed de mí, Baron.

Baron. (Ya es mio. Una vez la duda
en ese pecho esparcida,
no es difícil la partida.)

D. Enr. ¡Cielos!

Baron. (La suerte me ayuda.)

D. Enr. ¿Y cuándo podré saciar
este afan voraz, ardiente?

Baron. Tal vez pronto se presente
la ocasion; hay que esperar.

D. Enr. ¡Si es falso cuanto habeis dicho!.....

Baron. Si lo fuera, por mi fé
que á nada ya me opondré;
podrás hacer tu capricho.

D. Enr. Quiera Dios que pronto pueda
ver claro sobre este punto.

Baron. (Ya areglaré yo el asunto,
de modo que no suceda.) (*Váse.*)

ESCENA VIII.

DON ENRIQUE.

D. ENR. ¿Es posible que el amor
pueda á tal punto cegar
con su aliento embriagador,
que nos impida mirar
cuanto pasa enderredor?
¿Cómo esa niña inocente,
que al alma presta la calma,
me ha de engañar torpemente,
si se refleja en su frente
la pureza de su alma?
¿Puede con ojos tan bellos
abrigar torpe malicia?.....
No es posible, sus destellos
miré siempre como aquellos
que causan grata delicia,
¿quién sospechar puede que ella
de ese modo se difame?
¡Oh! no; me dice mi estrella
que á quien Dios hizo tan bella
no puede ser tan infame.

ESCENA IX.

DON ENRIQUE *y* MARÍA

MARÍA. ¡Enrique!
D. ENR. ¡María!
MARÍA. En vano
te busco con ansia tal,
si con desden inhumano,
tu pecho aleve y tirano
se empeña en pagarme mal.
Hoy que más que nunca ansío

poder, Enrique, mirarte,
muestras tú mayor desvío,
cuando quisiera encontrarte
por doquiera al lado mio.

D. Enr. ¿Me has buscado?

María. Sí, en verdad;
pero con bien mala suerte.

D. Enr. (¿Quién cubre así la maldad?)

María. ¿Acaso puedo sin verte
vivir con tranquilidad?

Música.

Si el valle cruzo
cogiendo flores,
en mis amores
pensando estoy,
y en los arroyos
al blando espejo,
tu fiel reflejo
mirando voy.
Y sus aguas cristalinas
al surcar por las colinas,
aun el eco de tu nombre
murmurando dulces van,
porque están acostumbradas
á saber que eres mi cielo,
y conocen mi desvelo
por amarte con afan.

D. Enr. Si el prado cruzo,
con mil clamores
dicen las flores
que amado soy,
y en los arroyos
al puro espejo,
tu fiel reflejo
mirando voy.
Y sus aguas cristalinas

al surcar por las colinas,
aun el eco de tu nombre
bendiciendo dulces van,
porque ya sin duda saben
que eres tú un ángel del cielo,
y que mi ferviente anhelo
es amarte con afan.

LOS DOS. Alma del alma,
bien de mi vida,
quién mi ventura
turbar podrá;
sin ti la calma
no es conocida,
y la amargura
roba mi paz.

Hablado.

D. ENR. ¡Si es cierto tu amor, María,
de nuestra ventura en nombre
jura que nunca podria
de esa pasion que hoy es mia
llamarse dueño otro hombre!

MARÍA. ¡Lo juro!

D. ENR. ¡Y aunque seguro
de tu amor constante y puro,
fijando en mí tu mirada,
jura que nunca burlada
será mi pasion!

MARÍA. ¡Lo juro!

D. ENR. ¡Oh, gracias!

MARIA. ¿Mas con qué objeto?....

D. ENR. Solo fué por cerciorarme
y ver, mi cariño inquieto,
si eras capaz de ocultarme
un secreto. (*Con intencion.*)

MARIA. (*Turbándose*) Yo..... ¡un secreto!.....

D. ENR. (Se turba.)

MARIA. ¿Piensas quizás?.....
D. ENR. No tal; ¡y Dios me es testigo!
¿Dudar yo de tí? ¡Jámas!
¿No has jurado que serás
siempre sincera conmigo?
MARÍA. Es cierto, pero.....
D. ENR. (Ay de mí,
no sé por qué siento aqui
la duda vil renacer.)
MARÍA. (Callar me manda el deber.)
D. ENR. (Oh, corazon, vuelve en tí.)
Ya veo que inadvertido
dejé tu amor ofendido,
y perdon humildemente
te demanda el penitente
de su falta arrepentido.
MARÍA. (No dudó.) Perdon, ¿de qué?
¿Acaso hay entre los dos
ofensas? Tal no pensé.....
D. ENR. Alguno se acerca, adios.
MARÍA. Adios.
D. ENR. *(Marchándose.)* (Yo la observaré.)

ESCENA X.

MARÍA.

Llegué á temer un instante
que de mi cita enterado,
dudando de mi cariño,
seguido hubiera mis pasos;
mas no es asi por ventura;
al azar sólo ha lanzado
esas palabras, que han hecho
nacer en mi el sobresalto;
y cuando el momento llueguc
de contarle lo pasado,
habré mi afan conseguido,
deber y amor respetando.

ESCENA XI.

LAURA *y* MARÍA.

LAURA. María.
MARÍA. Laura.
LAURA. Anhelante
por saber el resultado
de tu cita, recorriendo
el jardin voy hace rato.
MARÍA. Por fin esta noche, Laura,
á mirar voy aclarado
el misterio de mi vida.
LAURA. ¿Esta noche?
MARÍA. Sí; ese estraño
personaje me ha ofrecido
venir aqui á rebelármelo
al toque de la oracion.
LAURA. ¿Mas cómo entrará?
MARÍA. Le he dado
la llave que de esa puerta
poseo. (*Señalándo la pequeña.*)
LAURA. Imprudente paso.
MARÍA. Nada temas.
LAURA. ¿Y si alguno
le viese?
MARÍA. A tal hora raro
sería; ya recogidos
están todos y.....
LAURA. (*Dudando.*) Es el caso.....
MARÍA. ¡Habla! ¡di!
LAURA. Yo que imprudente
en este instante te llamo,
víctima de otra imprudencia
estoy, María, temblando.
MARÍA. ¿Cómo?
LAURA. Don Luis há tres noches

que, en su pasion escudado,
entra aqui, del jardinero
la vigilancia burlando,
y asi desde mi ventana
vernos podemos y hablarnos,
poniendo á Dios por testigo
de nuestro amor puro y santo.

MARÍA. ¿Y si una noche tu padre
os sorprendiera?

LAURA. Pensarlo
me espanta y será forzoso
dar fin á estos insensatos
ensueños, que han de afligirnos
ó mas tarde ó mas temprano.

MARÍA. Ya el sol sus doradas tintas
vá tras el monte ocultando,
y en breve la oscura noche
nos cubrirá con su manto.
¿Vamos dentro?

LAURA. Sí, María;
porque no sé qué presagio,
funesto me agita, y quiero
dar á mi mente descanso.

MARÍA. No con tus frases me quites
la ventura que inundando
está mi pecho; no temas.

LAURA. Quiéralo Dios, vamos.

MARÍA. Vamos.

(*Entran en el pabellon de la derecha.*)

ESCENA XII.

ANTON *que sale revisando un mosquete; despues el* CORO.

Ajajá; ahora que venga
cuando quiera ese villano;
ya está el mosquete corriente

con tres balas y cebado;
le voy á cazar lo mismo
que quien caza algun milano.
¿A mí con saltos de tápia?
Pues, hombre, buenos estamos.
Mas calle, ¿qué ruido es ese?
¡Ah! que tornan del trabajo
esos zopencos, y llegan,
como siempre, alborotando.
¡Bueno estoy yo para bromas!
Como alguno dé un mal paso
ó de mí se burle, puede
que le rompa el espinazo.

Música.

ANTON. Adentro pronto, adentro
que es hora de cerrar,
y todos recogidos
debiéramos estar.

MUJERES. ¡Ay cielos, qué ademanes;
qué gestos, ay Jesus!

HOMBRES. ¿De dónde diablos vienes
armado de arcabuz?

ANTON. Aquesta noche
se me figura
que algun belitre
lo pasa mal,
pues ya me canso
de que me juzguen
con demasiada
severidad;
y como el hombre
se ponga á tiro,
voy á partirlo por la mitad.

CORO. Mucho cuidado,
porque esta noche
de fijo alguno

lo pasa mal,
que Anton se cansa
de que le juzguen
con demasiada
severidad;
y si hay un hombre
que se le oponga,
de dividirlo
es muy capaz.
¡Pues ya, pues ya!
¡Qué risa que me dá!

ANTON. ¿Sí eh? ¿Sí eh?
Despues os lo diré.

CORO. ¡Jesus! ¡Jesus!
¡Qué miedo de arcabuz!

ANTON. Adios, adios,
sabráse quién soy yo. (*Váse el coro.*)

Hablado

Marchad, marchad, holgazanes;
ya vereis si de un balazo
sé yo desprenderme pronto
de quien burlarme ha pensado.
Soplo la mecha, y adentro
á ver si asoma el gazapo,
que á Berta probar le quiero
si soy ó no soy un bravo. (*Váse derecha.*)
(*Despues de una breve pausa, aparece* DON LUIS *en lo alto de la tápia; observa desde arriba, y descendiendo con mucha precaucion, váse por la derecha.*)

ESCENA XIII.

D. ENRIQUE, *registrando la escena.*

Nadie..... sin duda fué el viento.
Terrible angustia me aqueja,
que al dudar de mi María

infiérole grave ofensa.
Es imposíbie, no puede
burlarme de esa manera.
(*Se oye el toque de oracion.*)
¡La oracion!..... De aquí marchemos,
mi conducta me avergüenza.
(*Se dirige hácia el pabellon de la izquierda y se oyen pasos al otro lado de la tápia; despues el ruido de una llave; se abre la puertecilla de la derecha y aparece* Don Sebastian *embozado, que dejándola en treabierta, avanza hasta verse detenido por la voz de* Enrique; *es completamente de noche.*)
¿Eh?..... ¡Ruido siento!..... Sí..... ¡Cielos!
Quieren abrir esa puerta.....
Gira..... ¡Un hombre!..... Dios, valedme·
¿Para qué más evidencia?

ESCENA XIV.

D. Enrique *y* D. Sebastian, *despues* Maria.

D. Seb. ¿No está?..... ¡María!
(*Llamando en voz baja.*)
D. Enr. (*Yendo hácia él.*) ¡Villano!
D. Seb. ¿Quién va? (*Retrocediendo.*)
D. Enr. Quien con rabia ciega
quiere en tu pecho cobarde
clavar su acero. (*Desenvainando.*)
D. Seb. (¡Funesta
casualidad!)
D. Enr. Pronto en guardia.
D. Seb. (¿Qué hacer?)
D. Enr. Si escapar intentas,
no lo pienses..... Riñe.
D. Seb. Pero.....
D. Enr. Riñe ó te clavo en la puerta.

D. Seb. ¡Paso franco! (*Desenvainando.*)
D. Enr. No lo esperes.
D. Seb. Pues ya que lo quieres, sea.
(*Esgrimen y* D. Sebastian, *despues de una breve lucha, le desarma, y buscando á tientas encuentra la puerta, sale por ella y cierra por fuera: en el momento de empezar la lucha, aparece* Maria *en la puerta del pabellon de la derecha y al decir* ¡Enrique! ¡Enrique! *baja á la escena.*)
Maria. (*Apareciendo.*) ¡Cielos! ¡Riñen!
D. Enr. (*Viéndose desarmado*) ¡Miserable!
No he de sufrir tal afrenta.
¡Hiere! ¡Hiere! (*Con desesperacion.*)
Maria. ¡Díos! ¿Qué escucho?
D. Seb. Huyamos, gané la puerta. (*Sale y cierra.*)
D. Enr. ¿Dónde estás? (*Buscando por la escena.*)
Maria. (*Bajando*) ¡Enrique! ¡Enrique!
(*Se oye un tiro dentro.*)
D. Enr. ¿Aquí tú, mujer funesta?
Maria. ¡Enrique, por Dios!
D. Enr. ¡Infame,
maldita, maldita seas!

ESCENA XV.

Maria, D. Enrique, Laura, Berta, El Baron *y el* Coro *de ambos sexos, que va saliendo en desórden con hachas y linternas que iluminan la escena.*

Música.

Maria. ¡Enrique del alma,
silencio por Dios!
D. Enr. (*Fuera de sí.*) ¡Venid! Sepan todos
tu infame traicion.
Berta. (*Saliendo.*) ¿Qué ocurre?
Coro. ¿Qué sucede?

D. Enr. Que esta mujer,
fiando en mi cariño,
abusa de mi fé.
Todos. ¡María!
D. Enr. ¡Sí, María,
que agena de pudor,
en el jardin á un hombre
recibe!
María. ¡Por favor!
¡Ah! Madre mia,
tú que del cielo
ves mi inocencia,
mi angustia ves,
préstame fuerzas,
que aquí combaten
amor de un lado,
de otro el deber.
D. Enr. ¡Ah! Que la ingrata,
mi afan burlando,
con rudo golpe
mató mi fé;
¿quién á mi pecho
dará la calma?
¡Amor maldito!
¡Fatal mujer!
Laura. Pobre María,
fiera calumnia
sobre su frente
viene á caer.
Terrible lucha,
porque combaten
amor de un lado,
de otro el deber.
Baron. ¡Ah! Qué fortuna,
pues sin pensarlo
salí triunfante,
mi afan logré;
si ella es culpable,

como parece,
salvé mi hacienda,
mi honor salvé.

BERTA. Todos la culpan,
mas yo no creo
que sea cierta
su avilantez;
algun misterio
aquí se encierra
que yo no acierto
á comprender.

CORO. Aquí la incauta
recibe á un hombre.
¡Qué picardía,
qué avilantez!
Y aún hasta el cielo
alza sus ojos.
¡Qué abominable
desfachatez!

ESCENA XVI.

DICHOS *y* ANTON, *que seguido de unos cuantos criados, traen á* D. LUIS *desarmado y con el traje en completo desórden.*

ANTON. Señor, ya le he cogido;
aquí está el saltarin
que dentro de la casa
se suele introducir.

BARON. ¿Qué veo?

LAURA. ¡Cielo santo!

D. ENR. ¡Don Luis!..... ¡Era Don Luis!

D. LUIS. (*Mirando á* LAURA.)
(Su honor callar me manda.)

D. ENR. (*Yendo hácia él.*) ¡Amigo infame y vil!

MARIA. ¡Enrique! (*Deteniéndole,*)

D. ENR. ¡Aparta, aparta!

MARIA. Escucha.

D. Enr. ¡No, por Dios!
¡Y vete de mi vista
porque me das horror!
Maria. Oye, Enrique, mis palabras,
te lo ruega una mujer;
si los hechos me condenan,
inocente juro ser.
D. Enr. Huye, infiel, de mi presencia;
huye, pérfida mujer,
no provoquen tus disculpas
el furor que siento arder.
Laura. Defenderla es imposible,
que aunque su inocencia sé,
de callar hice promesa
y sabré guardarla fiel.
Baron. Aunque jura su inocencia
nadie ya la ha de creer;
como siempre, la fortuna
ayúdame en esta vez.
D. Luis. Situacion comprometida
es la mia, por mi fé;
pues ni puedo defenderme,
ni decir puedo á qué entré.
Anton. Ya cayó en la ratonera,
ya picó el anzuelo el pez,
y si llega á darle el tiro
muerto quédase y amen.
Berta. Lo que aquí está sucediendo
yo no acierto á comprender,
mas á mi se me figura
que anda en ello Lucifer.
Coro. Ella quiere hallar disculpa
más su falta bien se vé.
Miren, miren la inocente!
¿Quién lo habia de creer?

(Maria *cae desmayada en los brazos de* Laura *y* Berta, *mientras el* Baron *trata de llevarse á* D. Enrique; *cae el telon.*)

ACTO SEGUNDO.

Salon al gusto de la época; puertas laterales; galería al fondo; ventana á la derecha, primer término; mesa con recado de escribir; etc.

ESCENA PRIMERA.

CORO DE CRIADOS, *en seguida* ANTON.

Música.

CORO. Desde anoche está la casa
en desórden sin igual;
nadie sabe lo que ocurre
y unos vienen y otros van.
El Baron con cara séria,
el galan fuera de sí,
y la huérfana no cesa
de llorar y de gemir.

UNOS. Yó no lo entiendo.

OTROS. Tampoco yo.

TODOS. Más aquí pasa
algo feroz;
dar tiempo al tiempo
es lo mejor,
que él ha de darnos
la explicacion.

ANTON. (*Saliendo.*) De seguro está en su centro
la murmuracion ....

Largo, largo, charlatanes,
fuera ya tanto moscon.

CORO. Anton, Anton,
tú lo sabrás;
lo que sucede
tú nos dirás.

ANTON. Yo no sé nada,
y aunque supiera,
no lo dijera,
pues sé callar.

CORO. Já, já, já, já, já, já.

ANTON. El que se precia
de buen criado,
que es reservado
debe mostrar.

CORO. Já, já, já, já, já, já.

ANTON. Vaya una risa
particular.

CORO. Si nada sabes,
¿qué has de contar?

ANTON. ¿Que no sé nada?

CORO. ¡Que no! ¡Que no!

ANTON. Saber quisiérais
lo que sé yo.
Hoy se casa don Enrique.....

CORO. La noticia es vieja ya.

ANTON. Y la huérfana se ausenta.....

CORO. Lo sabemos por demás.

ANTON. El amante de María
se ha probado que es don Luis.

CORO. Desde anoche no es secreto
sin necesidad de tí.

ANTON. El Baron está furioso.

CORO. Todos vimos al Baron.

ANTON. Pues entonces, ¿qué demonios
me pedís que os cuente yo,
si á las nuevas que relato
dais igual contestacion?

CORO. Más no sabemos.
ANTON. Tampoco yo,
pero aquí pasa
algo feroz;
dar tiempo al tiempo
es lo mejor,
que él ha de darnos
la explicacion.
CORO. Dar tiempo al tiempo
es lo mejor,
que él ha de darnos
la explicacion.
¡Adios, Anton,
y precaucion!
ANTON. Adios, chiton
y discrecion.
CORO. ¡Adios!
ANTON. ¡Adios! (*Váse el* CORO.)

ESCENA II.

ANTON *y luego* BERTA.

ANTON. Valientes tunos sois todos;
siempre estais á la que salta,
y en despellejar al prójimo
os gozais, con vida y alma;
gracias á que yo soy cauto
y no les he dicho nada.....
Por más que en medio de todo
tampoco sé una palabra.
Pobre don Enrique, amado
mas que nunca se contaba,
y ahora se encuentra..... Es la mia;
quien hace caso de faldas
ya se ha lucido; que venga
haciendo Berta monadas,
y ya verá si la digo

lisa y llanamente cuántas
son tres y dos. ¡Mala peste
en todas ellas!

BERTA. (*A* ANTON, *saliendo.*) ¿Sí?

ANTON. Calla,
¿eres tú?

BERTA. La misma: ¿conque
de esa manera nos tratas?

ANTON. ¿Y acaso no es merecido?

BERTA. No señor; pobres é incautas
palomas, cuando queremos
tender al viento las alas,
para salirnos al paso
nunca un gavilan nos falta.

ANTON. ¡Ya! ¿Conque tú eres paloma?

BERTA. Y tú gavilan.

ANTON. ¡Malhaya
en tí y en todas las tuyas
palomillas..... de ventana!

BERTA. ¿Sí?..... Pues bien, ya no te quiero.

ANTON. Ni tampoco me hace falta,
si he de verme como el pobre
don Enrique; dar su alma
á una mujer fementida,
á una mujer que le engaña.....

BERTA. ¿Y de dónde sacas tú
todo eso?

ANTON. Pues me agrada;
¿de dónde lo he de sacar?
Del suceso que la casa
trae revuelta.

BERTA. ¡Mentecato!
¿Tambien crees tú en tal infamia?
¿Tambien culpas á María?

ANTON. ¡Las apariencias!.....

BERTA. Engañan.

ANTON. El caso es que don Enrique,
diz que por la puerta falsa

entró un hombre.

BERTA. ¿Y qué? ¿Tú mismo
ayer no me importunabas,
diciendo que por mi había
quien los muros escalaba?

ANTON. Es cierto..... pero lo grave
en la cuestion que se trata,
es que al estar yo de acecho
en la huerta, oí pisadas
y ví un bulto que corria
hácia el parque; la distancia
me impidió reconocerle,
mas cumpliendo la ordenanza
le disparé un mosquetazo;
al ruido salen de casa
los criados, se registra
el jardin, y al fin se halla
á don Luis, que espada en mano
de hacer resistencia trata:
le prenden, y al preguntarle
qué es lo que hace y por qué causa
está en tal sitio á tal hora,
no responde una palabra,
y sólo dice que al verse
seguido, sacó la espada
creyendo le perseguian
con intenciones *non sanctas*.

BERTA. ¿Y en eso fundas tan sólo
tu acusacion?

ANTON. Cosa clara;
por robar no entró, de fijo.
¿Por coger fruta? ¡No pasa!
¿Por verte á tí? ¡No lo creo!
¿Por darme un susto? ¿A qué causa?
De aquí resulta que es claro,
pero claro como el agua,
que vino á ver á María
que estaba con él citada,

la cual, como tiene llave
de la puertecilla falsa
para cuando salir quiere
al campo muy de mañana,
le dió los medios de entrarse
sin hacer ruido en la casa.

BERTA. Sí, lo dijo Blas y punto redondo.

ANTON. Pues bien, aclara
la cuestion á tu manera,
y ya verás si te engañas.

BERTA. Yo no sé lo que ha pasado
ni saberlo me hace falta,
mas jurára á ser preciso
que no es ella la culpada.

ANTON. Dá la razon.

BERTA. ¡Si la ignoro!

ANTON. Pues entónces.....

BERTA. Pero me habla
en su favor su inocencia,
la nobleza de su alma,
su juventud, su hermosura.....

ANTON. ¡Tu, tu, tu! Palabras vanas;
bien se vé que las mujeres
sois lobos de una camada.

BERTA. ¡Anton!

ANTON. ¿Qué sucede?

BERTA. ¡Anton!

ANTON. ¿Vamos, qué es eso, te enfadas?

BERTA. Yo sí que soy la que digo
que todos sois de igual casta;
veis una mujer que os gusta,
le decís cuatro palabras
melosas; jurais que es suyo
vuestro corazon; se ablanda
el nuestro con esas cosas,
decimos que sí, y nos pasa
á todas como á María

con don Enrique, que trata,
cansado ya por lo visto,
de mandarla enhoramala;
todos, todos sois iguales.
¡Pérfidos! ¡Viles! ¡Canallas!

ANTON. Yo no; yo soy un borrego
que te quiere con el alma.
¡Vamos, Berta, no te enfades
por eso; pon buena cara,
pichona! (*Muy zalamero.*)

BERTA. Sí, muchos mimos,
pero despues.....

ANTON. Qué, ¿te enfada
que piense así de María?
Pues diré que es una santa;
con tal de no verte triste,
lo que quieras; conque anda,
sonríete..... ¡Uy, uy! Bonita
(*Al ver que* BERTA *sonrie.*)

BERTA. Es claro, sí, siempre ganas
tú.....

ANTON. ¿Y por qué no?

BERTA. ¡El Baron!

ANTON. ¡Maldita sea su estampa!

ESCENA III.

DICHOS *y el* BARON.

BARON. Anton, puedes despejar.

ANTON. Está bien. (*Váse.*)

BARON. (*A* BERTA.) Tú avisa á Laura
que venga aquí.

BERTA. Voy. (*Váse tambien.*)

BARON. Al cabo
voy á mirar realizada
mi ilusion; la suerte quiso
con su invencible palanca

ayudarme, destruyendo
esa pasion malhadada,
que se oponia á mis fines
y mis planes estorbaba.
Era su triunfo mi ruina,
la deshonra de mi casa,
y antes que tal sucediera
era fuerza que esa incauta
al impulso sucumbiese
de su terrible desgracia.
Dios lo dispuso de modo
que sin yo hacerlo pasara;
que el cielo, pues, la ilumine
al dejar esta morada.

ESCENA IV.

DICHOS *y* LAURA.

LAURA. Señor, me han dicho que habeis
mandado llamarme.
BARON. Sí,
quiero hablarte; ven aquí,
hija mia.
LAURA. ¿Qué quereis?
BARON. Inútil es que te explique
lo que he luchado al efecto,
por cimentar el proyecto
de enlazarte con Enrique.
Hoy, por fin, calmo mi afan
venciendo puerilidades,
y aquellas dificultades
echadas por tierra están.
LAURA. ¿Cómo?
BARON. Cegado un momento
Enrique, por la falsía
sin igual de esa María,
que nos debe hasta el sustento,

á ser feliz se negaba;
más ya convencido ahora,
casi de hinojos implora
aquel bien que despreciaba.

LAURA. ¡Señor!.....

BARON. Su error deplorando
y en tí viendo su ventura,
cual nunca amante, procura
ir tu pecho interesando;
y yo que mi dicha toda
perdia al ver tal desvío,
su afan colmando y el mio,
he dispuesto vuestra boda.

LAURA. (¡Cielos!)

BARON. Tras dias ingratos,
en tiernas dudas me abismo
por nuestra dicha, y hoy mismo
se firmarán los contratos.

LAURA. ¡Padre!

BARON. ¿Tal dicha no aciertas
á comprender?

LAURA. ¡Ay de mí!
Es que al salir hoy de aquí
mis esperanzas van muertas.

BARON. ¿Qué dices?

LAURA. Vos que afanoso
cuidásteis de esa María,
¿vais por la ventura mia
á robarle su reposo?
Ella es buena, es inocente.....
segura estoy, y si Enrique
á su furor pone un dique,
lo comprenderá igualmente.

BARON. Al ver, Laura, tu insistencia
en tal lance, que es preveo
más por burlar mi deseo,
que por probar su inocencia.
Ese enlace convenido

está hace tiempo, y no es dado.....

LAURA. Pues bien, señor, lo he pensado y.....

BARON. ¡Acaba!

LAURA. No me decido.

BARON. ¡Pues ello ha de ser!

LAURA. ¡Jamás!

BARON. ¡Laura!

LAURA. (¡Dios mio!)

BARON. ¡Lo he dicho,
y ese insensato capricho
no escucho, te casarás!

LAURA. Pues bien, padre, ya que nada
deja ese afan satisfecho,
sabed que abrigo en mi pecho
una pasion acendrada;
pasion conmigo crecida
y que hoy vuestro empeño trunca,
de esas que no acaban nunca
si no acaban con la vida;
y primero que sufrir
que su bien les arrebaten,
dos corazones que laten
de amor, prefieren morir.

BARON. Basta ya, pues yo á mi vez,
sin querer saber el nombre
con que se encubre ese hombre
que así atenta á mi vejez,
debo decirte, hija mia,
que de Dios por los arcanos,
hoy tienes entre tus manos
tu desventura y la mia;
de Enriqae soy el tutor,
yo le administro sus rentas,
y si á pedir viene cuentas
llevarse puede mi honor.
Pues en los mil devaneos
que mi juventud formaron,

mis locuras me arrastraron
más allá de mis deseos.
Y ahora que ves la verdad
y cuál la suerte me enlaza,
mi plan acepta ó rechaza,
es libre tu voluntad. (*Váse.*)

ESCENA V.

LAURA.

¿Por qué con fiera tortura
mi destino se divierte
en prolongar mi amargura,
cuando hiciera mi ventura
encontrar aquí la muerte?
Quien de vencer no halló traza
empleando la amenaza,
ya sin hablar lo consigue;
que es forzoso que mitigue
dolor que el mio rechaza.....
¡Ay corazon, lucha empeñas,
y es inútil que demandes
esperanzas halagüeñas,
porque las almas pequeñas
han de encontrar almas grandes.

ESCENA VI.

LAURA *y* MARIA.

Música.

LAURA. ¡María!
MARIA. ¡Laura!
LAURA. No llores, no.
MARIA. Se despedaza
mi corazon.

LAURA. Recobre, amiga mia,
tu pecho fiel la paz,
que en mí una tierna amiga
ya sabes has de hallar.

MARÍA. En vano ya mi pecho
la calma buscará,
que muerta mi esperanza
por siempre huyó fugaz.
¡Ah!
Dulces ensueños del alma mia,
yo arrulladores siempre os miré.
La suerte fiera llevarse quiso
con mis amores tambien mi fé.

LAURA. Pero en mis brazos
yo darte ansío
dulce consuelo,
tierna amistad;
con estos lazos
el alma goza,
si la destroza
suerte fatal.

MARÍA. Sólo en tus brazos
el alma goza,
si la destroza
suerte fatal.

LAURA. Tus penas, María,
calmar puede Dios.

MARÍA. La calma no quiero
tener sin su amor.

LAURA. De la vida los embates
es preciso soportar,
que no siempre, amiga mia,
triunfar logra la maldad.

MARÍA. De la vida los embates
hace tiempo sufro ya,
pero es fuerza, amiga mia,
sucumbir á la maldad.

Hablado.

MARIA. ¡Ah, Laura!
LAURA. María, ven;
ven á llorar en mis brazos,
que si hay pechos viles, todos
no han de ser, por dicha, ingratos.
MARIA. ¡Ay, Laura, del mio, el alma
siento partirse en pedazos,
no por el bien que me niegan,
por lo mal que me han juzgado.
LAURA. ¡María!
MARIA. ¡Y Enrique, Enrique,
el hombre á quien yo amé tanto,
es el primero que ciego
me rechaza de su lado;
él mis palabras desoye,
él se burla de mi llanto,
y haciendo á los otros coro
mi honor arroja en el fango.....
LAURA. Recobra el valor, María;
no llores, hermana, acaso
se reconozca.....
MARIA. ¡Imposible!
Lo sé todo; hoy los contratos,
si tú accedes á sus ruegos,
aquí deben ser firmados
dentro de poco.
LAURA. (¡Ay de mí,
otro corazon que mato!)
¡Ay, María, si supieras
las dudas con que batallo,
tal vez tuvieras por dicha
tu triste suerte; el tirano
deber aceptar me manda
su amor, al par que desgarro
el corazon de mi amiga

y el corazón de mi amado.

MARIA. ¿Vas á aceptar?.....

LAURA. Es preciso;
y el sí que lancen mis lábios,
al destrozarme á mí el alma,
la vuestra vá á destrozaros,
bien lo sé, pero mi padre
es fuerza que viva honrado,
y ante esta exigencia debe
callar mi pasion, y callo.

MARIA. ¡Adios mi última esperanza!
¡Adios sueños de mi encanto! (*Yéndose.*)

LAURA. ¿Dónde vas? (*Deteniéndola.*)

MARÍA. Donde no encuentre
corazones tan villanos.

LAURA. ¡María!

MARIA. Adios para siempre.

LAURA. Escucha, deten el paso:
si mi padre por tu capricho
debiera verse arruinado;
si el desprecio y la deshonra
mirára por tí cercanos,
y tú evitarlo pudieras
con sólo un sí de tus lábios,
¿sufririas ver al padre
por tu culpa deshonrado?

MARIA. ¡Cielos, ah! Laura, perdona.

LAURA. No á mis piés, sino en mis brazos.
¿Por qué la verdad no dices,
aclarando así el engaño?

MARÍA. No merece esplicaciones
que pongan mi honor á salvo
si mi cariño desprecia;
algun dia no lejano,
acaso, Laura, maldiga
su inconcebible arrebato.
El se aleja al tiempo mismo
que mi padre me abre los brazos,

y entre su amor y el de un padre
es el segundo el mas santo,
y el mal que por uno sufro
el otro sabrá pagarlo.
(*Al ver caer una piedra envuelta en un papel.*)
¡Ah!

LAURA. ¿Qué sucede?

MARIA. Una piedra
con un papel que han tirado;
algun aviso sin duda.

LAURA. O alguna infamia, veamos.
(La coje y la desenvuelve.)

MARIA. (*Leyendo.*) «Nada te espante, María,
pues hay quien por tí velando,
tu honor salvar se propone
al par que humille al villano;
no al que te ampara descubras,
ten prudencia.»

LAURA. ¿Está firmado?

MARIA. No tal; más estoy segura
de que ese hombre tan extraño
á quien yo por padre tengo,
es quien lo ha escrito.

LAURA. En tal caso,
¿por qué ya no se presenta
tu inocencia proclamando?

MARIA. Lo ignoro, callar me manda,
y obedeciéndole, callo.

ESCENA VII.

DICHOS *y* DON LUIS.

D. LUIS. (*Entrando.*) ¡Laura!

LAURA. ¡Don Luis!

D. LUIS. (*Viendo á* MARIA.) ¡Ah!

LAURA. Es María

y sabe nuestro quebranto;
hablad sin temor.

D. Luis. Señora.....
perdonadme este arrebato,
pero al veros tan tranquila,
más, cuanto más voy pensando,
dar crédito es imposible
á la noticia que há rato,
sin saber la causa, corre
en boca de los criados;
decid, Laura, que es mentira,
decid.....

Laura. No, Luis, es exacto.

D. Luis. ¡Ah! Desgraciado el imbécil
que pone su amor incauto
en un pecho fementido,
en un corazon tirano,
que la existencia nos roba
al darnos un sí sus lábios.

Laura. No esos reproches merezco;
mal, don Luis, me habeis juzgado;
vuestro dolor yo le sufro,
y al dar á Enrique mi mano,
si amante infiel os parezco,
es que un deber acatando,
honra y vida salvo á un padre,
amor y vida me arranco.

D. Luis. Pues bien, ya que para todos
soy en la casa un malvado
que vino á robar la calma
sus paredes escalando,
ser peor en su concepto
me es igual; hoy los contratos
deben firmarse, y yo os juro
que no ha de llegar el caso;
si vil engañé á un amigo,
segun todos, vil le mato.

Laura. ¡Por Dios, don Luis!

D. Luis. Es inútil.
María. ¡Ved lo que haceis!
D. Luis ¡Justo pago!
De infiel amigo me culpan,
y amigo infiel, se ha vengado.
Laura. Nuestros amores no sabe,
que á saberlos, este caso
no llegara.
D. Luis. Yo haré de modo
que lo sepa, y si cegado
por el rencor, no desiste.....
¡Téngame Dios de su mano!
Laura. Nadie más que yo se expone
con decirlo; sin embargo,
tu honor, querida María,
se salva con tal relato.
María. En tanto el tuyo padece.
D. Luis. Por tal razon hé callado.
más hoy que nuestra ventura
intentan arrebatarnos.....
Laura. Decís bien, don Luis, decidlo;
yo os lo suplico, os lo mando.
D. Luis. Idos pues; yo veré á Enrique,
y si convencerle alcanzo,
vos, sin ser desobediente
de ese padre á los mandatos,
hareis al par que la vuestra
la dicha de este insensato,
que por amaros padece
y cuya vida es amaros.
Laura. ¡Sea y Dios os ilumine!
Ven, María.
María. ¡Cielos! Vamos.

ESCENA VIII.

Música.

DON LUIS.

El amor desgarra el pecho,
la duda muerte me dá;
la esperanza me consuela,
y me alienta la amistad.
Aciaga suerte,
dáme la muerte,
no mas tus iras
cebes en mí;
porque sin calma
vive mi alma,
y hecha pedazos
la siento aquí.
Amor ilusorio,
de dichas emporio,
no tiendas tu alas,
no corras fugaz.
Recoge tu vuelo
calmando mi anhelo,
y deja que un triste
recobre la paz.

Hablado.

D. LUIS. La dilacion es inútil,
Enrique estará en su cuarto;
arrostremos, pues es fuerza,
su casi justo arrebato,
que si es la certeza horrible,
la duda me causa espanto ....
Más él viene..... cuál la angustia
dejó en su semblante el rastro.
¡Quiera el cielo se convenza
la verdad viendo en mis lábios!

ESCENA IX.

DON LUIS, *y* DON ENRIQUE.

D. LUIS. Enrique.....
D. ENR. (*Con furor.*) ¡Don Luis!
D. LUIS. Ten calma
y no desoigas mi acento.
D. ENR. ¿No basta acaso el tormento
de que has hecho presa mi alma,
que aún con cínica osadía,
de piedad haciendo alarde,
vienes, ¡amigo cobarde!
á gozarte en mi agonía?
D. LUIS. ¡Enrique! *(Conteniéndose.)*
D. ENR. ¿Y no te se alcanza
que mi afrenta tengo en cuenta,
y que allí donde hay afrenta
puede haber tambien venganza?
¿O es que fiando en los lazos
que amistad nos brindó un dia,
juzgastes que no podria
mi encono hacerte pedazos?
D. LUIS. Pues bien, de ese lazo en nombre
y los dos poniendo un dique
al furor, mira en mí, Enrique,
la razon sin ver al hombre;
una fatal coincidencia,
que explicar no me fué dable,
parecer me hizo culpable,
lo sé, pero la inocencia.....
D. ENR. (*Interrumpiéndole.*) Deja razones sutiles
que de nada han de valer;
¿por qué, Dios mio, han de ser
siempre cobardes los viles?
D. LUIS. ¡Oh, vive Dios!
D. ENR. (*Exaltándose.*) ¿No ves, nécio,

que es inútil disculparte;
que yo, pudiendo matarte,
no te mato y te desprecio?
Pues si me ves tan benigno,
¿qué más espera de mí
quien viene á probar aquí
que ni de venganza es digno?

D. Luis. Escucha, Enrique, y verás
si mi razon satisface,
que despues, si así te place,
tomar mi vida podrás.
Impulsado del amor
que me domina, habré sido
quizás amante atrevido,
más nunca amigo traidor.
Y esto mi honor te lo fia;
si yo en el jardin entré,
por hablar con Laura fué,
no para ver á María.

D. Enr. Si es cierto que á Laura amabas,
y ella de acuerdo contigo
fingia, siendo tu amigo,
¿con qué fin me lo callabas?

D. Luis. Sabia el plan de tu enlace,
y aunque tambien conocia
tu cariño por María,
temí siempre.....

D. Enr. (*Con sarcasmo.*) ¡Que me place!

D. Luis. Ella, cual yo, recelosa
esquivó darte esta nueva.

D. Enr. Su gran corazon me prueba
mentira tan generosa.
Dando por sentado aquí
que tu relato es sincero,
¿me dirás por qué tu acero
esgrimistes contra mí?

D. Luis. ¡No fuí yo!

D. Enr. Porque te aterra

mi voz..... la lengua deten,
que no combinaste bien
tu plan, y se vino á tierra.

D. Luis. ¿Y de tu prima ante el ara
ser esposo has decidido?

D. Enr. De no estar ya convencido,
más tu razon me empeñara.

D. Luis. Pues basta de humillaciones
que están mi honor ofendiendo,
y una vez que desoyendo
la verdad de mis razones
tu lábio así me ultrajó,
no por tu conducta odiosa
has de llamarla tu esposa
mientras vida tenga yo;
sin su amor ya nada quiero,
y aunque tú matarme debas,
si acero en el cinto llevas
en el cinto llevo acero.
Ven, frente á frente los dos,
bien con razon, bien sin ella,
bendiga el uno su estrella
y al otro encomiende á Dios.

D. Enr. ¡Salgamos!

(*Van á salir y se ven detenidos por* Laura *y* Maria *que salen de la derecha, al propio tiempo que el* Baron *aparece en el foro.*)

ESCENA X.

Dichos, Laura, Maria *y el* Baron; *en seguida* Coro *de damas y caballeros.*

Maria. ¡Enrique!

D. Enr. ¡Ah!

Laura. ¡Don Luis!

Baron. ¿Qué es esto?.....

D. Enr. (¡María!)

Baron. (*Bajando.*) Los vecinos, hija mia,
á venir empiezan ya.

Música.

(*Varias damas y caballeros van apareciendo en la galería, y á invitacion del* Baron *entran en la sala, precedidos de un escribano que estiende sobre la mesa los contratos de boda.*)

Baron. Llegad, amigos mios,
pasad, pasad,
que un sitio en esta fiesta
os brinda mi amistad.

Coro. Pasad los caballeros,
pasad, pasad,
que un puesto en esta fiesta
os brinda su amistad.
Dulce alegría
gocen los cónyuges,
que Dios benévolo
paz les dará.
Enlace sea
en dichas próspero,
sin que haya límites
al bienestar.

Baron. Laura, hija mia, (*Cogiéndola de la mano.*)
llegó el momento;
firmar es fuerza.

Laura. (*Yendo á firmar.*) (¡Qué angustia!)

Maria. (¡Cielos,
siento la muerte
dentro del pecho!)

Baron. Enrique, á tí te toca.

Laura. (¡Dios mio!)

Maria. (*Viendo que Enrique va á firmar.*)
¡Ah!
(*Apoyándose en un mueble.*)

D. Luis. ¡Mi vista se nubla!
D. Enr. Firmado está.
(*Despues de firmar, mirando alternativamente á* Maria *y á* Don Luis.)
D. Luis. (*Adelantándose.*) La firma de un testigo
sin duda falta ahí;
yo, Enrique, soy tu amigo
y debe serlo así.....
(*Se apodera con rapidez del contrato, y haciéndolo pedazos lo arroja á los pies de* Enrique.)
Todos. ¡Ah!
D. Enr. ¡Luis!
Baron. ¡Accion cobarde!
D. Luis. Mi oferta te cumplí.
Coro. ¿Qué ocurre en esta casa?
¿qué va á pasar aquí?
D. Enr. La sentencia de tu muerte
ahora acabas de firmar,
porque solo con tu sangre
tal ofensa has de lavar.
D. Luis. Que me importa de la vida,
si un amigo desleal
me arrebata la ventura
una ofensa por vengar.
Maria. Fiera angustia siente el alma
y esperanzas á la par,
que si en riesgo mi amor veo,
de otra esposo no será.
Laura. Fiera angustia siente el alma
y esperanzas á la par,
que si en riesgo mi amor veo
de su amor pruebas me dá.
Baron. Incidente inesperado
á impedir viene mi plan,
y tan vil superchería
es preciso castigar.
Coro. Gran misterio aquí se encierra,

cuando fiero así un galan
tal escándalo promueve
ultrajando á una beldad.

Hablado.

D. Enr. Ven, pues, segun tus deseos
á morir.
D. Luis. Vamos.
Laura. ¡Qué horror!
Maria. ¡Perdon, padre, que es mi amor!
Don Luis, Enrique, teneos,
y ya que es forzoso al fin
decirlo, aunque no me cuadre,
no fué don Luis, fué mi padre
á quien viste en el jardin.
D. Enr. ¿Tu padre?
Maria. Si.
D. Enr. Mal me avengo
con tu disculpa.
Maria. Es así,
y al ver su afecto hácia mí
por tal al menos le tengo.
D. Enr. Y de que es cierto que entró
á verte, ¿quién, dí, María,
darme la prueba podria?
¿quién fia tu dicho?

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos *y* Don Sebastian, *que hallándose confundido entre los convidados, se abre paso y desde el foro contesta, bajando despues muy pausadamente.*

D. Seb. ¡Yo!
Todos. ¡Ah!
D. Seb. Verme aquí no me pesa,
y al mostrar mi ejecutoria,

contaros quiero una historia
que á todos nos interesa.
Veintiun años hace hoy
que con su hermana Sofía,
alegre y feliz vivia
don Sebastian de Godoy.
Era Córdoba su asiento,
pues de la corte alejados,
querian, pobres y honrados,
mantenerse en su aislamiento.
Jamás ni en ella ni en él
cebarse pudo la fama,
que si era bella la dama,
reñidor era el doncel.
Un noble de alli cercano
y de encumbrado blason,
con baja y negra traicion
tendió su diestra al hermano,
que sin pensar la maldad
que aquel pecho ruin guardaba,
ciego y feliz se entregaba
en brazos de la amistad.
Un dia..... ¡funesto dia! .. . (*Conmovido.*)
fiero revés de la suerte
le hizo en el lecho de muerte
ver á su hermana Sofía;
que aquel amigo traidor,
logrando al fin su proyecto
cobarde, á cambio de afecto,
dió vergüenza y deshonor. (*Breve pausa.*)
Murió la hermana, y el fruto
de tan indignos amores,
en vez de un lecho de flores
vino á sembrar triste luto.
No era sin duda bastante
tal baldon, cuando el villano,
para evltar del hermano
la justa furia pujante,

le delató infamemente,
haciendo ver á la ley
que Sebastian contra el rey
conspiraba torpemente.
Huir fué á Godoy forzoso,
en tanto que sus amigos,
de su conducta testigos,
velaban por su reposo.
Y el fruto de aquel amor
aun de poner tuvo espacio
á la puerta del palacio
del infame seductor.
Hoy ya indultado y probada
la inocencia de Godoy,
viene á decirte, aquí estoy
de nuevo, Baron de Anglada.
Tú que sembraste amargura
robándome honor y paz,
¡destruye si eres capaz
de María la ventura!

(*El* Baron *que durante toda la historia habrá demostrado gran angustia, se arroja sollozando en brazos de* Maria.)

Baron. ¡Hija!

Maria. ¡Padre!

D. Seb. Aunque taladre
mi honor, muerto te queria,
mas no ha de llorar María
por mí la falta de un padre.

Maria. ¡Laura, hermana! (*Abrazándola.*)

Laura. ¡Cuál me ufana
en mis brazos estrecharte,
y á la par, María, darte
el dulde nombre de hermana!

D. Seb. Mi conducta es fiel testigo
que no voy del ódio en pos,
que si has faltado ante Dios,
Dios te dará su castigo.

D. Enr. ¡María! (*Suplicante.*)
Maria. ¡Enrique!
D. Enr. No amores
quiere esperar mi pasion;
sólo te pido el perdon
que consuele mis dolores.
Maria. (*Tendiéndole la mano.*)
Ser feliz al ser tu esposa
calma todo mi quebranto;
pues diz que el perdon es santo
y al perdonar soy dichosa.

Música.

Maria y D. Enr. Alma del alma
bien de mi vida, etc.

TELON.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.